

# 2023: Una nueva mirada al futuro de la iglesia latina



Dr. Justo L. González

Latino Christian National Network  
Zoom  
20 de abril de 2023

## **2023: Una nueva mirada al futuro de la iglesia latina**

Saludos... Tenemos una hora. Será una presentación de unos 30 minutos, y luego una discusión. Para mí lo más importante es la discusión. Lo que voy a decir ya lo sé. Es con ustedes que espero ampliar mi visión.

Se me ha pedido que esta noche —o esta tarde para quienes están en la otra costa— discuta con ustedes el tema de “el futuro de la iglesia latina”, particularmente de la iglesia latina en este país. Al empezar a hurgar sobre ese tema descubrí que hace casi 11 años, en agosto del 2012, la Alianza Ministerial de Denver me invitó a discutir el mismo tema. Al leer las notas de lo que dije entonces, lo primero que me sorprende es que lo que entonces parecían proyecciones exageradas se han quedado cortas. Esto se ve claro en los datos del censo nacional y en otros estudios. Cuando en aquella ocasión me dirigí a la Alianza Ministerial de Denver, no llegábamos todavía a los 50 millones. Hoy somos al menos unos 62 millones, y posiblemente bastante más. Lo mismo puede decirse acerca del crecimiento de las iglesias. Acerca de esto no hay datos exactos, pero todo parece indicar que las iglesias evangélicas latinas en el país han crecido a un ritmo bastante más rápido que el de la población latina misma. Entre las iglesias más tradicionales y de mayor membresía, la que está creciendo más rápidamente es la Iglesia Católica Romana; y esto se debe principalmente a la población latina. La mayoría de las otras

iglesias tradicionales no están creciendo en membresía, sino todo lo contrario. Y ese crecimiento sería aún más drástico de no ser por el aumento en los miembros latinos. Además, la mayor parte del crecimiento de las iglesias latinas no tiene lugar entre denominaciones tradicionales, sino más bien entre iglesias pentecostales e independientes. Todo eso lo había dicho ya hace 11 años, y acerca de ello lo único que tengo que decir es que los cambios han sido bastante más radicales que lo que yo esperaba entonces.

En segundo lugar, comparando las circunstancias de entonces con las de hoy, debo decir que el contraste que entonces señalé en cuanto al crecimiento entre las iglesias de la cultura dominante y las hispanas sigue existiendo todavía. Decía entonces que las iglesias más tradicionales euroamericanas se han dedicado principalmente a la instrucción de sus miembros y al crecimiento de esos miembros en el discipulado, y no se han distinguido por su celo evangelizador. En contraste, decía también que las iglesias latinas se han distinguido por su rápido crecimiento y su celo evangelizador, pero que por lo general han hecho poco en cuanto al desarrollo intelectual y espiritual de sus miembros, y señalaba que esa era una de las principales razones por las que tantos de sus creyentes se dejaban llevar por algún falso profeta que pretendía tener la clave del Apocalipsis, o por un supuesto apóstol que reclamaba una autoridad única. En cierta medida, esa condición ha empeorado, pues las dos grandes herejías de nuestro tiempo han encontrado amplia acogida entre muchos de nuestro pueblo. Me refiero por un lado al supuesto evangelio de la prosperidad, y por otro al nacionalismo cristiano, que florece no solamente en este país, sino también en varios otros. Y no faltan casos en los que esas dos herejías se mezclan en una especie de evangelio nacionalista de la prosperidad.

En aquella ocasión pasada, en Denver, decía que nuestras iglesias estaban creciendo como la espuma, y advertía que la espuma puede crecer rápidamente, pero que el viento se la lleva con mucha facilidad.

Lo que todo esto quería decir es que no hemos seguido muy de cerca la meta que nos propone Efesios, que lleguemos a crecer en la unidad de la fe y del conocimiento del hijo de Dios de tal manera que lleguemos a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Y que “así ya no seremos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que, siguiendo la verdad en amor crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es Cristo”.

En cuanto a esto, sí veo en los últimos años un progreso notable y prometedor. Entre los líderes de nuestras iglesias veo un interés creciente en el estudio –no para tener títulos, sino más bien para poder ser más fieles a nuestra misión y ser mejores maestros de nuestro rebaño.

Puedo dar muchos ejemplos de esto, tanto en este país como en otras partes del mundo. Hace unos años, recibí un llamado inesperado de las Asambleas de Dios en México, pidiéndome que acudiera a un retiro ministerial que deseaban celebrar en la ciudad de México, no para todo el país, sino solamente para los pastores del Estado de México. Lo que les preocupaba era el auge que estaban teniendo entre sus iglesias y su membraría los pretendidos apóstoles, autonombrados y dedicados particularmente a aumentar sus ingresos y el número de sus seguidores personales. Nos advirtieron que la asistencia no sería grande, pues el costo de hoteles y comidas en el Distrito Federal quería decir que asistir a aquel evento sería costosísimo

para muchos pastores. Allá fuimos, esperando quizá unos veinte o treinta pastores. Para nuestra sorpresa, ¡los asistentes eran varios millares!

Algo semejante está sucediendo a nivel mundial. Aquí, en los Estados Unidos, hay muchos indicios de un interés semejante. Uno de ellos es el enorme crecimiento de los institutos bíblicos. Es verdad que algunos de ellos no tienen muchos recursos. Pero también hay un notable desarrollo institucional, con currículos más pensados, con juntas directivas, sistemas de supervisión, bibliotecas y otros recursos que no existían hace unos pocos años. En los últimos años, gracias en buena medida al trabajo de AETH y de la Fundación Duke, varios institutos bíblicos han recibido fondos filantrópicos para mejorar sus programas y su trabajo. Todavía queda mucho por hacer; pero el progreso es notable. Sin lugar a dudas, buena parte del futuro de nuestras iglesias depende del trabajo que se hace hoy en esos institutos bíblicos.

Esto ha llevado a nuevas relaciones de ayuda mutua entre los programas de institutos bíblicos y los seminarios y otras instituciones teológicas acreditadas por la Association of Theological Schools (la ATS). En los últimos años la matrícula y los programas en esas instituciones han cambiado radicalmente. Y siguen cambiando. Antes, la inmensa mayoría de quienes se matriculaban en un seminario de cualquier denominación eran estudiantes de esa misma denominación, y se matriculaban en el programa conducente a la Maestría en Divinidad, que era el título que casi todas esas denominaciones requerían para la ordenación. Ciertamente había otros programas –maestrías en educación cristiana, en ministerio con la juventud, etc. Pero quienes seguían tales programas eran una pequeña minoría.

Hoy las estadísticas muestran un cambio radical. En muchos seminarios que hasta hace veinte años se dedicaban a preparar líderes para sus denominaciones, hoy la mayoría de los estudiantes ya son líderes, y no pertenecen a la denominación del seminario, sino a otras que no requieren estudios específicos para la ordenación.

El cambio es notable, y bien podemos decir que en cierto modo se trata de una especie de conversión forzada de esas instituciones que ahora reciben con beneplácito a un cuerpo estudiantil que hace unos años habrían desconocido o hasta despreciado.

Posiblemente el más notable de esos cambios, al menos desde la perspectiva de las iglesias latinas, sea el hecho de que ahora, mediante un acuerdo entre la ATS y la Asociación para la Educación Teológica Hispana (AETH), esta última ha establecido un programa de certificación para programas e institutos bíblicos, y la ATS ha estipulado que quien sea graduado de uno de esos programas certificados y solicite admisión a un seminario acreditado por la ATS puede ser aceptado en ese seminario, no como estudiante especial, sino como estudiante regular, exactamente igual que si hubiera venido con el bachillerato universitario que hasta hace poco se requería de manera casi absoluta. Ya empiezan a verse las consecuencias de ese paso.

En ese intercambio, tanto los unos como los otros nos beneficiaremos. En lo que a la preparación de líderes se refiere, todos tendremos programas de educación más pertinentes a la vida de la iglesia y los retos del presente. Antes dije que las iglesias más tradicionales saben cómo ayudar a sus miembros a crecer en el discipulado y en su entendimiento de la fe, pero necesitan ayuda en la evangelización, y que por eso no crecen o crecen poco. Y dije también

que las otras iglesias, al tiempo que crecen en membresía, hacen poco para profundizar la fe y el entendimiento de la fe entre sus miembros, y que por eso sus miembros corren el peligro de ser llevados de todo viento de doctrina. La combinación de esas dos condiciones quiere decir que el creciente intercambio entre todas las iglesias y las instituciones educativas será de beneficio para todos.

Pero el tiempo apremia, y debo pasar a otro punto de gran importancia en cuanto al futuro de nuestras iglesias.

El crecimiento explosivo de nuestras iglesias se debe en buena medida a su celo evangelizador, y en buena medida a la enorme tasa de inmigración durante los últimos treinta o cuarenta años. Por eso nuestras iglesias corren el peligro que ha acechado a las iglesias de inmigración a través de los siglos. Ese peligro es volverse centros cuyo principal propósito es preservar la cultura de nuestras tierras de origen —y hacerlo a tal grado que los jóvenes se sienten obligados a escoger entre ser parte de la cultura circundante y ser parte de la iglesia. Muy posiblemente, ese sea uno de los principales motivos del lamento frecuente en cuanto a los jóvenes que se apartan de la iglesia.

Por todo eso, me atrevo a sugerir que en buena medida el futuro de nuestras iglesias depende del modo en que acompañen a nuestras nuevas generaciones en la difícil tarea del diálogo intercultural, y de la creación de una nueva cultura. La cultura no es una realidad fija. La cultura es una realidad viva, y por tanto siempre cambiante. Aquí hoy mismo, y aquí mismo, va surgiendo una nueva cultura latina que lleva el sello de las culturas y realidades que la rodean.

Cualquier iglesia que se niegue a aceptar tales cambios, e insista en dedicarse a preservar la cultura ancestral, no tiene mucho futuro.

Por otra parte, el crecimiento mismo de nuestra población y de nuestras iglesias conlleva otros peligros y oportunidades. Hoy se dice repetidamente que somos la mayor de entre las minorías étnicas del país. No son solamente los comerciantes quienes se interesan en el mercado latino. Hay al hacer cualquier llamada telefónica, frecuentemente escucho un mensaje que raramente oía hace unos pocos años: “Para español, oprima el dos.”

Ese interés en nosotros se manifiesta particularmente en la política. Hoy cualquier político se asegura de que su campaña tenga todo un programa para alcanzar al electorado latino. Unos tratan de decir unas pocas palabras en español. Otros al ver a Puerto Rico azotado por un huracán, van a tirarle al pueblo rollos de toallas de papel. Nuestro voto cuenta.

Y, porque nuestro voto cuenta, nuestras iglesias cuentan. Los políticos se acercan a nuestros líderes para granjearse su apoyo. Les ofrecen villas y castillos. Para una iglesia que hasta hace unos pocos años se sentía marginada, esto es una gran tentación. No por vez primera en su historia, el regocijo de la iglesia al ver que se le toma en cuenta la tienta a formar alianzas indebidas con quienes tienen el poder –o con quienes lo buscan; a confiar más en algún político que en Dios; a vender su herencia por un plato de lentejas.

En nuestro caso, la situación se complica. Los mismos políticos que buscan el voto del electorado latino deshumanizan al enorme número de latinos que no tienen documentación del gobierno, y a la gran masa en las fronteras que busca entrada al país. Respetan y adulan a quienes tienen derecho a votar; pero los otros no son gente; son instrumentos para



politiquerías. Y en muchos casos logran dividir a nuestro pueblo, haciéndoles ver a quienes tienen papeles y derecho a votar que son mejores que “esos otros” que vienen huyendo del hambre, el abuso y la violencia. El resultado es que, en vez de buscar soluciones para el problema de la inmigración, lo complican y explotan para sus propios fines. ¡Y esto, frecuentemente con el apoyo de nuestras iglesias y de nuestros líderes, muchos de los cuales parecen contentarse con que se les respete y se les invite a los grandes actos públicos!

Pero las cosas empiezan a cambiar. La membresía de muchas de nuestras iglesias incluye un buen número de personas sin documentos. Cuando los políticos deshumanizan y pintan caricaturas de los latinos en la frontera, están deshumanizando y pintando caricaturas del hermano Juan y de la hermana María, con quienes adoramos y oramos en nuestros cultos. No se trata ya de alguna persona lejana, a quien solamente conocemos de oídas. Se trata de hermanos cuyas historias conocemos, quienes nos han compartido sus experiencias y sus sueños, con quienes nos sentamos a la mesa. Ahora el caso es distinto.

Puedo dar un ejemplo concreto. Hace unos días todos nos enteramos de las leyes que se proponen en el estado de la Florida, que se intentan declarar que el proveerle transporte a cualquier persona indocumentada es un crimen de alto grado (una felonía). Inmediatamente surgieron protestas y críticas en muchas iglesias latinas. Entre nuestra gente, es común el que un hermano que tiene automóvil vaya a la casa de otro para llevarle a la iglesia. La ley propuesta haría de él un criminal, con posible pena de cárcel. Cualquiera que sirva como pastor o pastora en una de nuestras iglesias sabrá cuántas veces tiene que llevar a alguien a la iglesia o al médico. Lo que se propone obligaría a tal pastora o pastor a pedirle papeles a todas esas

personas. Entre las cosas que se prohíben, está el llevar a una persona indocumentada a las oficinas de un abogado. En otras palabras, se le impide hasta la posibilidad de acudir a la ley que podría defenderle.

Lo que ha sucedido es interesante. Un gran número de líderes en las iglesias latinas han protestado contra tal proyecto de ley. Muy probablemente, quienes propusieron esa ley lo hicieron porque de ese modo esperaban ganarse el apoyo de los elementos más xenofóbicos del país. Pero lo que ha resultado es una reacción en la que las iglesias empezaron protestando porque se limitaba su ministerio, de ahí pasaron a negarse a ser agentes de la Migra, y de ahí a una solidaridad creciente tanto con las personas indocumentadas que están ya en el país como con otros que huye de la violencia y la miseria.

Naturalmente, no todos han reaccionado de igual manera. Conozco casos en los que quienes fueron admitidos al país cuando huían de regímenes dictatoriales en sus propios países se atreven a negarles igual tratamiento a quienes ahora se encuentran en las mismas circunstancias. Pero también conozco casos en los que los hijos y nietos de esas personas adoptan la postura contraria.

No importa cuál sea el caso, el hecho es que la cuestión de la inmigración, y el modo en que esa cuestión se ha politizado, están llevando a la iglesia latina a participar más activamente en el diálogo socio-político del país. No estaremos todos de acuerdo; pero al menos estamos discutiendo temas que antes no parecían ser de nuestra incumbencia.

Por otra parte, el diálogo no se limita a nuestras iglesias latinas, sino que involucra a toda la iglesia. Varias de las principales iglesias del país, impulsadas por las experiencias y la

insistencia de iglesias latinas, han condenado la deshumanización de los inmigrantes y refugiados. Muchas se han involucrado más directamente en la defensa de los inmigrantes, y por esa razón se han acercado a las iglesias latinas, para aprender de ellas acerca del trasfondo de los inmigrantes y personas desplazadas de origen latino. Como resultado de todo esto, el intercambio que existe hoy entre iglesias y creyentes de diversas culturas es sorprendente.

En ese intercambio, tanto los unos como los otros nos beneficiamos.

Todo esto me lleva a concluir con dos puntos cruciales cuando pensamos acerca del futuro de la iglesia latina. El primero de ellos es que no podemos – o no debemos – pensar del futuro de nuestra iglesia solamente en el contexto de la iglesia latina. Si es verdad que en Cristo no hay judío ni griego, y que el ojo no puede decirle al pie “porque no eres ojo no eres parte del cuerpo”, la iglesia latina está llamada a no ser como una provincia aislada dentro de la totalidad de la iglesia. Si la iglesia latina ha de ser verdaderamente parte del cuerpo único de Cristo, no basta con ocuparnos de lo nuestro, ni con pensar solamente acerca de nosotros. De igual manera que no se puede ser cristiano por cuenta propia, sin iglesia, tampoco se puede ser verdadera iglesia de Cristo sin ser parte de la Iglesia de Cristo, con letra mayúscula.

El segundo punto – y el más importante en todo esto – es que en realidad lo que estamos discutiendo aquí no es el futuro de la iglesia, sino más bien – si me permiten inventar una palabra, su “futurito”. No es el Futuro con letra mayúscula. No es el verdadero futuro que es el fin de todos los tiempos. Es un futuro a corto plazo. No es el futuro de la eternidad, sino este futuro que pronto será pasado.

En última instancia, el Futuro de la iglesia no está en nuestras manos, sino en manos mucho mejores que las nuestras. Si a nosotros el futuro se nos escapa como agua entre los dedos, del Futuro de Dios no hay escape. Lo que ahora es nuestro propio futuro pronto será nuestro pasado; pero el Futuro de Dios es nuestro Futuro; y ese Futuro es la eternidad....

¡Gloria a Dios!

